

á combatir y se ha dejado ametrallar. ¿Y por quién? Por la República! ¡En vez de ir á bailar y á divertirse como los jóvenes! ¿Para qué le ha valido tener veinte años? ¡Para ir á morir por la República, por esa linda sarta de tonterías! ¡Pobres madres, parid hijos hermosos! Ya está muerto. Habrá dos entierros en la casa. Mejor, mucho mejor; me mata sin remedio. Soy viejísimo, tengo cien años, tengo mil años. Hace muchos años que nadie puede disputarme el derecho de morir. Con este golpe todo se acabó. Qué felicidad! ¡Trabajo perdido, médico imbécil! Idos, está muerto, completamente muerto. Lo digo yo, que entiendo de eso; yo, que también estoy muerto. El miserable no ha hecho las cosas á medias.

En aquel momento Mario abrió lentamente los párpados, y su mirada, velada aun por el asombro letárgico, se fijó en el señor Gillenormand.

—Mario! gritó el anciano, Mario! ¡Chiquitín mio! ¡Abres los ojos, me miras, estás vivo; soy feliz!

Y cayó desmayado.

## LIBRO CUARTO.

### I.

Javert desorientado.

Javert se alejó lentamente de la calle del Hombre-Armado.

Caminaba con la cabeza baja por la primera vez de su vida y con las manos cruzadas atrás también por vez primera.

Hasta entonces Javert, de las dos actitudes de Napoleon, solo habia adoptado la que denota el ánimo resuelto, la de los brazos cruzados sobre el pecho; desconocia la que denota incertidumbre, esto es, la de las manos cogidas atrás.

Se habia operado un cambio en él; toda su persona, lenta y sombría, llevaba impreso el sello de la ansiedad.

Internóse por las calles más silenciosas, pero, sin embargo, seguia una direccion.

Tomó el camino más corto hácia el Sena, llegó al muelle de los Olmos, le costeó, dejó tras sí la plaza de la Grève y se detuvo á alguna distancia del cuerpo de guardia del Chatelet, en el ángulo del puente de Nuestra Señora. El Sena, entre el puente de Nuestra Señora y el

de los Cambios por un lado y los muelles de la Megiserie y de las Flores por el otro, forma una especie de lago cuadrado que atraviesa una corriente.

Temen mucho los marineros este punto del Sena.

Era peligrosa dicha corriente, cuya furia aumentaban en aquella época las estacas del molino del puente, hoy demolido. Los dos puentes, que están muy próximos uno á otro, contribuyen á que el peligro sea mayor, y el agua se precipita de un modo formidable por bajo de los árboles. Allí se acumula y forcejea contra los postes, como si quisiera arrancarlos.

Los hombres que caen en aquel remolino no vuelven á aparecer; allí se ahogan los más diestros nadadores.

Javert, apoyando los codos en el parapeto, la barba en las dos manos y crispando las uñas maquinalmente en sus pobladas patillas, se puso á meditar.

Acababa de aparecer en el fondo de su alma una novedad, una revolucion, una catástrofe que merecia examinarse.

Javert sufría mucho. Estaba turbado; su cerebro, tan límpido hasta entonces en su misma ceguedad, habia perdido la transparencia; empañaba su cristal una nube. Javert sentia en su conciencia que el deber se habia partido en dos, y esto era para él incomprensible. Cuando encontró tan impensadamente á Juan Valjean en el ribazo del Sena, sintió algo de lo que siente el lobo que se apodera otra vez de su presa y de lo que siente el perro que vuelve á hallar á su amo.

Se presentaban ante él dos sendas, ambas igualmente rectas, pero eran dos, y esto era lo que le aterraba, porque en toda su vida solo habia conocido una línea recta. Para colmar su angustia, aquellas dos sendas eran contrarias y se excluian mutuamente. ¿Cuál de las dos era la verdadera?

Su situacion era inexplicable.

Le aterraba deber la vida á un malhechor, admitir y reembolsar esta deuda, pagar un servicio con otro servicio, dejar que le dijese:—“Vete”, y el decirle á su vez:—“Sé libre”,; sacrificar á motivos personales el deber y sentir en aquellos motivos personales algo general y algo superior; vender á la sociedad por ser fiel á su conciencia. Estaba aterrado ante la realizacion de semejantes absurdos acumulados en él.

Le admiraba que Juan Valjean le hubiese perdonado, y le petrificaba la

idea de que él hubiese perdonado á Juan Valjean.

El no era el mismo. Se buscaba y no se encontraba.

Cómo habia de obrar? Le parecia que procedia mal entregando á Juan Valjean, pero tampoco le parecia que procedia bien dejándole libre. En el primer caso, el hombre que representaba á la autoridad era inferior al hombre que representaba al presidio; en el segundo caso, un presidiario se sobreponia á la ley y la pisoteaba. En ambos casos el deshonor era para Javert. Cualquier partido que tomase le era perjudicial. El destino tiene ciertas extremidades perpendiculares hácia lo imposible, más allá de las cuales la vida solo es un precipicio. Javert habia llegado á una de esas extremidades.

Le afligia tener que pensar, pero la misma violencia de sus emociones contradictorias le obligaba á ello. El pensamiento era para él cosa inusitada y que le causaba dolor indecible. En el pensamiento hay siempre cierta cantidad de rebelion interior, y á Javert le irritaba sentirla.

El pensar sobre cualquier asunto ageno al estrecho círculo de sus funciones era siempre para él una inutilidad y una fatiga, pero versando sobre lo que acababa de ocurrir era un tormento.

Tenia, sin embargo, que examinar su conciencia despues de semejantes sacudimientos y erigirse en juez de sí mismo.

Se estremecia reflexionando en lo que acababa de hacer, poniendo en libertad á un hombre, faltando á todos los reglamentos de policia, atentando á la organizacion social y judicial y hasta contra el Código. Porque le convino sustituyó sus negocios particulares á los negocios públicos; semejante conducta era inculcable. Cada vez que fijaba la mente en esa accion sin nombre le acometia un temblor general. ¿Qué resolucion debia tomar? Un solo recurso le quedaba: volver apresuradamente á la calle del Hombre-Armado y apoderarse de Juan Valjean; eso es lo que debia hacer, pero no podia.

Algo le cerraba el camino por ese lado.

¿Qué era ese algo? ¿Hay acaso en el mundo algo fuera de los tribunales, de las sentencias ejecutorias, de la policia y de la autoridad? Javert estaba trastornado.

Ser sagrado un presidiario! ¡Un presidiario que no debia prender la justicia!

¿No era horrible que Javert y Juan Valjean, esto es, el hombre creado para ser riguroso y el hombre creado para padecer, ambos á dos dependientes de la ley, llegasen al extremo de sobreponerse á ella? ¡Sucediendo tales atrocidades nadie seria castigado! ¡Juan Valjean seria más fuerte que el orden social quedando libre, y Javert continuaria comiendo pan del gobierno!

Sus reflexiones iban tomando poco á poco un carácter terrible. Juan Valjean le desconcertaba.

Los axiomas que hasta entonces le sirvieron de punto de apoyo durante toda la vida, se caian por tierra ante ese hombre.

La generosidad que usaba con él le agobiaba.

Recordaba hechos que en otro tiempo calificó de mentiras y de locuras y ahora le parecian realidades. La figura del señor Magdalena se dibujaba por detrás de la de Juan Valjean, superponiéndose ambas y solo formando una, pero venerable.

Javert sentia penetrar en su alma algo horrible; la admiracion hácia un presidiario. Es concebible esto? Esta idea le causaba horror, y, sin embargo, no podia sustraerse á su influencia. Por más esfuerzos que hacia se veia obligado á confesar, en su fuero interno, la sublimidad de aquel miserable.

Esto era odioso.

Era un monstruo, cuya existencia tenia que reconocer Javert, el malhechor benéfico, el presidiario compasivo y clemente, que vuelve bien por mal; que compensa el odio con el perdon y la venganza con la piedad; que prefiere perderse á perder á su enemigo, y que está más cerca del ángel que del hombre.

Preciso es convenir en que Javert no se habia rendido espontáneamente á aquel monstruo, á aquel ángel infame, á aquel héroe horrible, que le causaba tanta indignacion como asombro. Veinte veces, cuando iba en el coche en compañía de Juan Valjean, rugió como un tigre real. Veinte veces tuvo tentaciones de arrojarle sobre el ex-presidiario, de cogerle y de devorarle, esto es, de prenderle. Esto era sencillo y además justo.

A Javert se le habia ocurrido y quiso ejecutarlo, pero entonces, lo mismo que ahora, tropezó con una barrera insuperable: cada vez que se levantaba convulsivamente la mano del inspector de policia para coger á Juan Valjean por el cuello, le caia desfallecida como si tirase

de ella un enorme peso, y en el fondo del pensamiento oía una voz extraña que le gritaba: "Me parece bien. Entrega á tu salvador y que te traigan en seguida la jofaina de Poncio Pilatos y lávate."

Después se examinaba á sí mismo, y al lado de Juan Valjean ennoblecido, él se veía degradado, porque su bienhechor era un presidiario.

¿Por qué permitió que aquel hombre le perdonase la vida? Tenía el deber de haberse dejado matar en la barricada y hubiera debido usarlo. Debió llamar á los demás insurrectos en su auxilio contra Juan Valjean y hacer que le fusilaran; de ese modo se hubiera portado bien.

Su suprema angustia consistía en ver la desaparición de la certidumbre. Estaba desencajado.

El Código en sus manos solo era ya un papel mojado.

Le acometían escrúpulos de clase desconocida. Se efectuaba en él una revelación sentimental completamente distinta de la afirmación legal, que fué hasta entonces su única medida. No era ya bastante para él permanecer en su honradez antigua, porque un orden de hechos inesperados surgía y le subyugaba. Un mundo nuevo se aparecía á su alma: el beneficio aceptado y devuelto; la abnegación, la misericordia, la indulgencia, las violencias que hace la piedad á la austeridad, la acepción de personas; no más sentencias definitivas, no más condenas; la posibilidad de ver una lágrima en los ojos de la ley y cierta justicia según Dios, contraria á la justicia según los hombres.

Divisaba en la oscuridad de su noche la imponente salida de un sol moral desconocido, y experimentaba al mismo tiempo el horror y el deslumbramiento que produce semejante espectáculo.

Era un buho que se veía obligado á mirar como una águila.

Veíase en la necesidad de conocer que existía la bondad.

Aquel presidiario había sido bueno, y él mismo ¡caso inaudito! acababa de serlo también.

Se iba, pues, depravando.

Se conceptuaba cobarde y se causaba horror á sí mismo.

El ideal de Javert no era ser humano, grande ni sublime, sino ser irreprochable, y acababa de cometer una falta.

Cómo pudo cometerla? ¿Cómo pasó todo aquello? Ni él mismo lo comprendía; no acertaba á explicárselo.

Sin duda tuvo siempre intención de poner á Juan Valjean á disposición de la ley, de la que el presidiario era cautivo y de la que el inspector era esclavo. Nunca, mientras le tuvo en sus manos, le ocurrió el pensamiento de dejarle escapar. Lo hizo, pues, hasta cierto punto contra su voluntad y sin saber lo que se hacía.

Dirigíase preguntas, dábase respuestas, y estas respuestas le aterraban. "¿Por qué ese presidiario, á quien perseguí sin cesar, al caer en sus manos, pudiendo y debiendo vengarse, me salvó la vida y me perdonó? Por cumplir con su deber? No; por algo más. Y yo, perdonándole á mi vez, ¿he cumplido estrictamente con mi deber? No; hice algo más. ¿Hay, pues, algo por encima del deber?"

Al llegar á este punto de sus reflexiones se asustaba al ver dislocada su balanza, al ver que uno de los platillos caía en el abismo y el otro se elevaba hasta el cielo, produciéndole el mismo terror el que subía que el que bajaba.

A pesar de no ser volteriano, sino por el contrario, sintiendo instintivamente respeto hacia la Iglesia establecida, no la miraba, sin embargo, más que como un fragmento augusto del edificio social. El orden era su dogma y este dogma le bastaba.

Desde que fué hombre y empezó á desempeñar su cargo, cifraba toda su religión en la policía. Para él, el espionaje era un sacerdocio. Solo tenía un superior, Gisquet; apenas había pensado hasta aquel día en ese otro superior que se llama Dios.

—Dios! Ahora le sentía dentro de sí inesperadamente y experimentaba cierto malestar. Su presencia inesperada le desorientaba; no sabía cómo obedecer á ese superior, él, que sabía que el subordinado tenía obligación de obedecer sin censurar ni discutir, y que, frente á frente de un superior que asusta, el inferior no tiene otro recurso que presentar su dimisión.

Pero, ¿qué hacer para presentar la dimisión á Dios?

A pesar de su duda, el hecho predominante para él era que acababa de cometer una infracción espantosa. Cerró los ojos ante un criminal reincidente, dió libertad á un presidiario; había, pues, robado á las leyes un hombre que les pertenecía. Era el autor de este hecho, incomprensible para él. Ni siquiera concebía las razones que le impulsaron para obrar así; este hecho le producía una

especie de vértigo. Hasta entonces vivió con la fé ciega que engendra la probidad tenebrosa; abandonándole esta fé y faltándole esta probidad, todas sus creencias se desvanecían. Algunas verdades que no quería escuchar le asediaban inexorablemente. En adelante le era preciso ser otro hombre. Padecía los extraños dolores de la conciencia á la que hiciesen bruscamente la operación de la catarata. Veía lo que le repugnaba ver, y se encontraba inútil, segregado de su pasada vida, destituido, dimitido. En él había muerto la autoridad y ya no tenía razón de ser.

Para Javert era situación terrible sentirse conmovido. ¡Ser de granito y dudar! ¡Ser la estatua del castigo fundida en una pieza en el molde de la ley, y encontrarse de repente que bajo el pecho de bronce late algo absurdo y rebelde, semejante á un corazón! ¡Pagar un bien con otro bien, aunque hasta entonces hubiera creído que aquel bien era un mal! Ser perro de guardia y lamer! ¡Ser de hielo y derretirse! ¡Ser tenaza y convertirse en mano! ¡Sentir de improviso que se abren los dedos para soltar la presa! Para Javert ésta era una situación horrible.

Se veía obligado á confesarse á sí mismo que la infalibilidad no es infalible, que puede haber error en el dogma, que el Código es incompleto, que la sociedad no es perfecta, que la autoridad puede vacilar, que los jueces son hombres, que la ley puede equivocarse y que los tribunales pueden errar. Eso era para Javert ver una hendidura en la techumbre azul del firmamento.

Javert sufría el torcimiento de su conciencia rectilínea, la desviación de su alma, el aplastamiento de su probidad, irresistiblemente lanzada en línea recta y estrellándose en Dios. Ciertamente era extraño que el fogonero del orden, el maquinista de la autoridad, montado sobre el férreo caballo ciego de rígida vía, pudiese ser lanzado de sus estribos por una llamarada, y que lo inconmutable, lo directo, lo pasivo y lo perfecto pudiera doblegarse. ¿Javert lo comprendía? Javert lo penetraba? ¿Javert se daba cuenta de esto? Evidentemente no.

Bajo la presión de ese incomprensible sin contestación se le trastornaba el cerebro, y no era el individuo transfigurado, sino la víctima de ese prodigio, al que sucumbía. Solo comprendía en todo esto la inmensa dificultad de existir, conociendo que desde entonces en adelan-

te la respiración le produciría continuo malestar.

No estaba acostumbrado á que lo desconocido pesase sobre él.

Hasta ahora solo había visto encima de él una superficie lisa, igual, límpida; no veía nada que no fuese definido, coordinado, preciso, limitado, firme y previsto: la autoridad era una cosa llana; no se podía tropezar en ella ni producía ningún vértigo su presencia.

Javert solo había visto lo desconocido de abajo, lo que es irregular, lo inesperado, la abertura desordenada en el caos, el desliz posible en el precipicio, todo lo que es propio de las regiones inferiores, de los rebeldes, de los malvados y de los miserables. Pero ahora Javert retrocedía bruscamente al ver, espantado, la aparición inaudita de lo desconocido de arriba, de un abismo en el cielo.

Para él todo estaba absolutamente desconcertado; de nadie podía fiarse ya. Un miserable magnánimo encontraba la rotura de la coraza de la sociedad, y el honrado servidor de la ley se veía cogido de repente entre dos crímenes, entre el crimen de dejar escapar á un hombre y el crimen de prenderle. Se convencía de que no era cierto todo lo que se decretaba en la consigna marcada por el Estado al funcionario, y que el deber podía tener callejones sin salida. Esto era cierto, porque un criminal reincidente, doblegado bajo el peso de las cadenas, puede enderezarse y acabar por tener razón. Es esto creíble? ¿Hay casos, pues, en que la ley debe retirarse ante el crimen transfigurado, después de darle satisfacciones?

Todo eso era así; Javert lo veía, Javert lo palpaba; aquello eran realidades, y era para él abominable que los hechos positivos pudiesen llegar á ser tan deformes.

De este modo, abultados por la angustia y por la ilusión óptica de la consternación, se borraba todo lo que podía restringir y corregir la impresión que había recibido Javert, y se reasumía ya á sus ojos la sociedad, el género humano y el universo entero á un simple y terrible contorno. De este modo se convertían en escombros, en desbarajuste y en caos para Javert la penalidad, la cosa juzgada, la magistratura, el gobierno, la sabiduría oficial, la infalibilidad legal, el principio de autoridad y todos los dogmas sobre los que reposa la seguridad política y civil, la soberanía y la justicia. De este modo Javert, el vigilante del ór-

den, la incorruptibilidad al servicio de la policía, la Providencia, Cervero de la sociedad, quedaba vencido y anonadado, y sobre sus ruinas un hombre en pie, con el gorro verde en la cabeza y la aureola en la frente. Ese ere el trastorno que presenciaba, esa era la espantosa vision que veia su alma.

Era esto soportable para Javert? No.

Se encontraba en una situacion violenta. Solo podia salir de ella de dos maneras. O volviendo resueltamente á casa de Juan Valjean, prendiendo al presidiario y metiéndolo en el calabozo, ó...

Javert salió del parapeto, y con la cabeza erguida se dirigió con paso firme al cuerpo de guardia, que le indicaba un farol que habia en una de las esquinas de la plaza del Chatelet.

Al llegar allí vió dentro, al través de la vidriera de la ventana, un guardia municipal, y entró.

Javert dijo su nombre, enseñó su tarjeta al municipal y se sentó junto á una mesa en la que habia pluma, tintero y papel, para los casos de sumaria eventual y para escribir los partes de las rondas nocturnas.

La mesa del cuerpo de guardia, con su correspondiente silla de paja, es casi una institucion; existe en todos los puestos de policía, invariablemente adornada con un platillo de boj lleno de serrin y con una caja de carton llena de obleas encarnadas. Representa el piso bajo del estilo oficial; por ella empieza la literatura del Estado.

Javert tomó la pluma y un pliego de papel y escribió lo siguiente:

"ALGUNAS OBSERVACIONES EN PRÓ  
DEL SERVICIO.

"Primero. Suplico al señor prefecto que pase la vista por estas líneas.

"Segundo. Los detenidos que van á la Sala de la Audiencia se quitan los zapatos y permanecen descalzos en el piso de ladrillo mientras se les registra. Muchos tosen cuando se les vuelve al encierro. Esto ocasiona gastos de enfermería.

"Tercero. Es útil seguir la pista y que se releven los agentes de distancia en distancia; pero convendria que en ocasiones importantes, dos agentes por lo menos no se perdieran de vista, con la idea de que, si por cualquier causa un agente afloja en su servicio, el otro le vigile y le supla.

"Cuarto. No se comprende por qué motivo el reglamento especial de la cár-

cel de las Madelonetas prohíbe al preso que tenga una silla, hasta pagándola.

"Quinto. En la cantina de las Madelonetas no hay más que dos barrotes, y esto permite á la cantinera dejarse tocar las manos por los detenidos.

"Sexto. Los detenidos que se llaman ladrones, porque llaman á los otros á la reja, exigen quince céntimos de cada preso por pregonar su nombre con voz clara. Eso es un robo.

"Séptimo. Por un hilo corredizo en el taller de los tejedores se retiene medio franco al preso. Eso es un abuso del contratista.

"Octavo. No parece bien que los que van á visitar la cárcel de la Fuerza tengan que atravesar por el patio de los raterillos para ir al locutorio de Santa María Ejiptiaca.

"Noveno. Diariamente se oye á los gendarmes referir en el patio de la Prefectura los interrogatorios que hacen los jueces á los detenidos. Es una falta grave en un gendarme hacer semejantes revelaciones.

"Décimo. La señora Henry es una buena mujer; su cantina está muy aseada; pero no es conveniente que esté á su cuidado el ventanillo del calabozo de comunicacion. Esto no es digno de la Conserjería de un pais tan civilizado."

Javert trazó las anteriores líneas con mano firme y escritura correcta, no omitiendo ninguna coma y haciendo crugir el papel los gavilanes de su pluma. Al pié firmó:

"JAVERT,

*inspector de primera clase.*

En el cuerpo de guardia de la plaza del Chatelet.

7 de Junio de 1832, á la una de la madrugada."

Secó la tinta fresca, plegó el papel en forma de carta, la cerró y escribió en el sobre: *Nota para la Administracion.*

La dejó sobre la mesa y salió del cuerpo de guardia.

Cruzó otra vez diagonalmente la plaza del Chatelet, llegó al muelle y se situó con exactitud automática en el mismo punto que ocupó antes. Se puso en el parapeto en idéntica actitud. Parecia no haberse movido de allí.

Reinaba completa oscuridad y espesas nubes ocultaban las estrellas. El cielo ofrecia aspecto siniestro. No se veia ni una sola luz en las casas de la Cité. No

## LIBRO QUINTO.

### El nieto y el abuelo.

#### I.

El árbol con parche de zinc.

Algún tiempo despues de los anteriores sucesos, Boulatruelle experimentó viva conmocion.

Dicho Boulatruelle, á quien conocimos de peon caminero en Montfermeil y despues borracho en la caverna de Jondrette, se ocupaba de varias cosas. Rompia piedras y desbalijaba á los viajeros en el camino real. Era un picapedrero ladrón que soñaba sin cesar con los tesoros que suponía enterrados en los bosques de Montfermeil, y esperaba el día menos pensado encontrar dinero al pié de algun árbol. Mientras llegaba ese día, lo buscaba en el bolsillo de los transeuntes.

En la actualidad obraba con prudencia, porque acababa de escaparse con Thenardier y con los demás bandidos de la cogida que tuvieron en el desvan de éste. Su borrachera le salvó, porque no se pudo averiguar si estaba en el desvan como robado ó como ladrón; de lo que resultó la providencia de "no há lugar," fundada en su notorio estado de embriaguez. Puesto en libertad, volvió á machacar piedra al camino de Gagny á Lagny, bajo la vigilancia judicial, cabizbajo, meditabundo, disgustado del robo que estuvo á pique de perderle y cada día más encariñado al vino.

Vamos ahora á decir por qué causa experimentó la viva conmocion de que antes hablamos.

Una madrugada que Boulatruelle, como de costumbre, se dirigia á su trabajo, y quizás al sitio desde donde acechaba, divisó entre las ramas de los árboles á un hombre que estaba de espaldas á él, pero cuya traza, por lo que pudo juzgar desde lejos, no le era desconocida.

Boulatruelle, aunque era borracho, tenia excelente memoria, que es un arma defensiva indispensable para todo el que se pone en lucha con el orden legal.

—¿Dónde diablos he visto yo á ese hombre?

Pero la única respuesta que se le ocur-

pasaba nadie: las calles y los muelles estaban desiertos; Nuestra Señora y las torres del palacio de Justicia parecian lineamientos de la noche. Un farol alumbraba el pretil del muelle. Las siluetas de los puentes iban desapareciendo una tras otra. El rio habia crecido con las lluvias.

El punto en que estaba apoyado Javert era encima del remolino del Sena, perpendicular á la formidable espiral de los remolinos de las olas, que se desata y se vuelve á atar como un tornillo sin fin.

Javert inclinó la cabeza y miró al rio, pero como todo estaba negro, oia el ruido de la espuma, pero no veia el agua. Habia instantes en los que aparecia en aquella profunda vorágine una luz que serpenteaba vagamente. Es la virtud que tiene el agua de coger la luz, no se sabe de dónde, en medio de la noche más completa, y de convertirla en culebra. Pero esta claridad no tardaba en disiparse y todo volvía á quedar confuso y negro. La inmensidad parecia estar allí abierta como un abismo. La muralla del muelle, recta, confusa y mezclada con el vapor y ocultándose en seguida, producía el efecto de la muralla del infinito.

No se veia nada, pero se sentia la frialdad hostil del agua y el olor especial de las piedras mojadas. Subía del abismo un hálito salvaje.

Javert permaneció algunos minutos inmóvil mirando hácia el abismo. Miraba lo invisible con una fijeza parecida á la atencion, oyendo el ruido del agua. De repente se quitó el sombrero y lo dejó en el pretil del muelle. En seguida apareció de pié sobre el parapeto una figura alta y negra, que de lejos cualquier transeunte hubiera podido tomar por un fantasma; esta figura se encorvó hácia el Sena, volvió á enderezarse y cayó luego á plomo en el abismo. Sonó el ruido sordó de un cuerpo que chapuzaba, pero solo las tinieblas estuvieron en el secreto de las convulsiones de aquella forma oscura que desapareció bajo las aguas.

rió fué que se parecía á alguien que él conocía, pero que no recordaba. Prescindiendo de la identidad, que no le fué posible fijar, hizo comparaciones y formó cálculos. Aquel hombre no era del país y acababa de llegar á pié, porque ningún carruaje público iba á tales horas á Montfermeil. Debíó, pues, haber andado toda la noche. No debía venir de muy lejos, porque no iba cargado con mochila ni con líos. Sin duda venía de París. ¿Por qué estaba en el bosque á semejantes horas? Qué objeto le llevaba allí?

Boulatruelle pensó en el tesoro. A fuerza de atormentar la memoria, recordó vagamente haber visto muchos años antes otro hombre allí, que bien pudiera ser éste. Reflexionando estaba con la cabeza baja, como cediendo á la presión del pensamiento; esto, aunque era natural, fué en él poco hábil, porque cuando la levantó ya no vió á nadie. El hombre había desaparecido entre la espesura del bosque.

—Diablo! exclamó Boulatruelle; pero yo lo encontraré, que quiero descubrir la parroquia de ese parroquiano. Nadie tiene secretos en este bosque sin que yo los averigüe.

Cogió su pico, que era muy puntiaguado, y murmuró entre dientes:

—Con esto basta para registrar la tierra y para registrar á ese hombre.

Como quien ata un cabo á otro cabo, encajando su paso lo mejor que pudo en el itinerario del desconocido, se puso en marcha á través de los árboles.

En cuanto andó unos cien pasos, tuvo en su ayuda la luz del día, que empezaba á clarear. Le indicaron las huellas de la pista pisadas impresas aquí y allá en la arena, yerbas aplastadas, matorrales tronchados y retoños doblados entre el ramaje. Siguió la pista, pero no tardó en perderla.

Se internó en el bosque y llegó á una pequeña eminencia. Un cazador madrugador, que cruzaba á lo lejos de un lado á otro canturreando, le inspiró la idea de trepar á un árbol, porque aunque era viejo el peon caminero, era ágil. Subióse, pues, á lo más alto que pudo de una corpulenta haya. Le ocurrió la buena idea de explorar aquel sitio por el lado en que el bosque era más intrincado y bravío. Boulatruelle, desde el árbol, vió de repente un hombre, pero en seguida le perdió de vista.

El desconocido entró, ó mejor dicho, se deslizó en un claro bastante lejano que ocultaban árboles grandes, pero que

Boulatruelle conocía perfectamente, porque había allí, cerca de un gran monton de piedras de molino, un castaño enfermo, fajado con un parche de zinc adherido á la corteza.

Boulatruelle, con la rapidez que dá la alegría, se dejó caer en vez de bajar del árbol. Conocía ya la guarida y solo le faltaba apoderarse de la fiera. Probablemente estaría en aquel claro el famoso tesoro de sus sueños.

Pero no era fácil llegar allí. Se necesitaba más de un cuarto de hora para ir por los senderos trillados, pero llenos de incómodas revueltas. Dirigiéndose en línea recta por el monte, que por esa parte era espeso, espinoso y agresivo, necesitaba para llegar más de media hora. Boulatruelle cometió la torpeza de no comprenderlo así; creyó en la línea recta, que es ilusión óptica respetable, pero que pierde á muchos hombres. Hasta el monte erizado le parecía un buen camino.

—Me encaminaré por la calle de Rivoli de los lobos, se dijo.

Boulatruelle, acostumbrado á caminar siempre torcido, cometió esta vez la falta de ir recto.

Metióse resueltamente por entre las malezas y tuvo que luchar con los acebos, con las ortigas, con los espinos, con los cardos y con las zarzas, saliendo arañado por todas partes. Al pié del barranco había una charca que le fué preciso atravesar, y llegó al cabo de cuarenta minutos al claro que buscaba sudando, mojado, jadeante, arañado y con aspecto feroz.

Llegó allí y no encontró al desconocido.

Boulatruelle fué corriendo al monton de piedras; el monton estaba en su sitio, nadie se lo había llevado; pero el hombre se había desvanecido en la selva. ¿Por dónde se fué? Por qué parte? Imposible era adivinarlo.

Lo más doloroso fué para el bandido que detrás del monton de piedras que había al pié del árbol con parche de zinc vió la tierra recientemente removida, un azadon olvidado ó abandonado y un agujero.

Pero el agujero estaba vacío.

—Ladron! gritó Boulatruelle, apretando y levantando los puños hácia el cielo.

## II.

Al salir Mario de la guerra civil se prepara para la guerra doméstica.

Mario estuvo mucho tiempo entre la muerte y la vida.

Durante algunas semanas no le dejó la fiebre con delirio ni con síntomas cerebrales de gravedad, causados más por la conmoción de las heridas de la cabeza que por las mismas heridas.

Repitió el nombre de Cosette noches enteras con la locuacidad fúnebre que dá la calentura y con la sombría obstinación del que agoniza. La magnitud de ciertas lesiones ofreció peligro serio, porque la supuración de las llagas podía reabsorberse y matar al enfermo si sobrevenían ciertas influencias atmosféricas. Cada vez que cambiaba el tiempo, el médico se asustaba.—“Sobre todo que el enfermo no experimente ninguna emoción”, decía.

Las curas eran complicadas y difíciles, porque en aquella época no se conocía aun el modo de fijar los aparatos y vendajes por medio del esparadráp.

Nicolasita gastó en hilas una sábana, y costó mucho trabajo que las lociones de cloro de nitrato de plata pudiesen atajar la gangrena. Mientras Mario estuvo de peligro, su abuelo no se separó de la cabecera de su lecho ni vivo ni muerto.

Todos los días una ó dos veces un caballero, con pelo blanco y decentemente vestido (según las señas que daba el portero), venía á saber del enfermo y dejaba para las curas un gran paquete de hilas.

Por fin, el 7 de Setiembre, después de cuatro meses, contados desde la noche fatal en que trajeron moribundo al enfermo á casa de su abuelo, el médico declaró que respondía de la vida de Mario. Empezó la convalecencia, pero esto no obstante, tuvo que permanecer dos meses más tendido en un sillón por los accidentes que le produjo la fractura de la clavícula.

En cambio, su larga enfermedad y su no menos larga convalecencia le libraron de las pesquias judiciales. No hay cólera en Francia, aunque sea pública, que no se extinga á los seis meses.

En el estado actual de la sociedad todos tienen su parte de culpa en los motines, y por lo mismo todos se ven en la necesidad de cerrar los ojos. Añadamos

á esto que el incalificable edicto que publicó Gisquet, mandando que los médicos denunciásen á los heridos, indignó de tal modo al público, y más que al público al rey, que los heridos se salvaron protegidos por la indignación general. Exceptuando á los que fueron cogidos en el sitio del combate, los demás heridos no fueron inquietados por los Consejos de guerra. Dejaron, pues, tranquilo á Mario.

El señor Gillenormand atravesó primero todas las angustias y después todos los éxtasis junto á la cama del herido, costando mucho trabajo impedir que pasase todas las noches junto á la cabecera. Hizo colocar allí su colosal sillón, y exigió á su hija que emplease el mejor lienzo que hubiera en casa para hacer compresas y vendajes.

La señorita Gillenormand, como persona prudente, economizó el lienzo fino, haciendo creer á su padre que le obedecía. Este asistía á todas las curas que el pudor vedaba presenciar á la solterona, y era interesante el ver cómo daba al herido una taza de tisana con mano trémula. Abrumaba al médico á preguntas, sin advertir que siempre le preguntaba lo mismo. El día que el facultativo le anunció que Mario estaba fuera de peligro, le faltó poco para volverse loco. Dió tres luises de gratificación al portero. Por la noche, al entrar en su cuarto, bailó una gavota. Se arrodilló luego sobre una silla, y Basco, que le observaba por entre la puerta entornada, dijo que estaba rezando. Hasta entonces no había creído verdaderamente en Dios.

A cada nueva fase de la convalecencia de Mario, el abuelo hacía mil locuras. Ejecutaba multitud de acciones marciales, impregnadas de alegría; subía y bajaba las escaleras sin saber por qué. Una vecina, que por cierto no era mal parecida, se quedó asombrada al recibir por la mañana un ramo grande de flores que el señor Gillenormand le enviaba, y el marido, celoso, tuvo seria explicación con su mujer. El abuelo se empeñó dos ó tres veces en sentar á Nicolasita sobre sus rodillas; llamaba á Mario señor baron, y gritaba: Viva la República!

A cada momento preguntaba al médico:

—¿No es verdad que ya no hay peligro?

Miraba á Mario con ojos de abuela. Cuando comía, le contemplaba alhelado. Estaba desconocido; no hacía mérito de sí mismo para nada. Mario era el dueño

de la casa; el anciano, en el colmo de su júbilo, había abdicado, viniendo á ser como el nieto de su nieto.

En su alegría era el más venerable de los niños. Por miedo á fatigar ó importunar al convaleciente, se ponía detrás de él y desde allí le sonreía. Estaba contento, gozoso, fuera de sí; había rejuvenecido. Sus cabellos blancos realzaban con suave majestad el risueño resplandor que brotaba de su rostro.

Mario, mientras le curaban y le cuidaban, tenía fijo el pensamiento en Cosette. Desde que le abandonó la fiebre, y por consiguiente el delirio, no había vuelto á pronunciar el nombre de su adorada; parecía que ya no pensaba en ella, pero su silencio provenía precisamente de no pensar en otra cosa.

No sabía qué había sido de Cosette; los sucesos de la calle de la Chanvrière vagaban como una nube en su memoria; las sombras confusas de Eponina, de Gavroche, de Babeuf y de Thenardier brotaban en su espíritu, así como también las de sus amigos, envueltos lúgubramente con el humo de la barricada; la extraña aparición del señor Fauchelevent en la sangrienta aventura le causaba el efecto de un enigma en medio de una tempestad: no sabía cómo se encontraba allí, ni quién le había salvado, como tampoco lo sabían las personas que le rodeaban. Lo único que pudieron decirle es que le habían traído moribundo en un coche de alquiler á casa de su abuelo. Su pasado, su presente y su porvenir formaban para él las nieblas de una idea vaga; pero entre su bruma veía un punto inmóvil, una línea clara y precisa, una voluntad; encontrar á Cosette. Para él la idea de la vida no era distinta de la idea de Cosette, y estaba decidido á no aceptar la una sin la otra. Había formado la inquebrantable decisión de exigir al que quisiera obligarle á continuar viviendo la restitución de su edén perdido.

No ignoraba los obstáculos con que tenía que luchar.

No debemos pasar en silencio que no se dejaba conquistar ni enternecer por las cariñosas solicitudes de su abuelo. No estaba en el secreto de ellas, y además, en sus divagaciones de convaleciente, calenturientas todavía quizá, desconfiaba de esas dulzuras como de cosa extraña y nueva que se proponía sojuzgarle. Manteniase, pues, frío. Su abuelo le prodigaba en vano sus octogenarias sonrisas. Mario comprendía que el anciano seguiría tan complaciente con él

mientras no le hablase de Cosette, pero que cuando esto sucediera, todo cambiaría de aspecto y la verdadera actitud del señor Gillenormand aparecería sin disfraces halagüeños. Entonces el choque sería violento y volverían á recrudescer las cuestiones de familia. Mario, para resistir ese choque, procuraba parapetarse de antemano.

A medida que iba cobrando fuerzas renacían sus antiguos agravios, se abrían las envejecidas úlceras de su memoria, recordaba el pasado; el coronel Pontmercy se interponía entre él y el señor Gillenormand, y comprendía que ningun bien podía esperar de quien fué tan duro y tan ingrato con su padre. A medida que recobraba la salud era más áspero con su abuelo; éste lo notaba y sufría sin desplegar los labios.

El anciano observaba también, aunque nada decía, que Mario, desde su vuelta al techo paterno, y después de haber recobrado el conocimiento, ni una sola vez le había llamado padre.

Indudablemente se aproximaba una crisis.

Como sucede casi siempre en tales casos, Mario, con la idea de probar sus fuerzas, intentó una escaramuza antes de empeñar la batalla para reconocer el terreno. Sucedió una mañana que el señor Gillenormand, á propósito de un periódico que le cayó en las manos, habló con ligereza de la Convención y lanzó un epifonema realista contra Danton, Saint-Just y Robespierre.

—Los hombres del 93 eran gigantes, le contestó Mario con severidad.

El anciano se calló y no volvió á chistar en todo el día.

Mario, que tenía siempre presente la inflexibilidad de su abuelo, interpretó su silencio como profunda concentración de cólera, que le auguraba una lucha encarnizada, y aumentó en lo recóndito de su pensamiento los preparativos de combate.

En el caso de no complacerle su abuelo, estaba decidido á arrancarse los aparatos, á dislocarse la clavícula, á dejar al descubierto las heridas, que aun no estaban cerradas, y á rechazar todo alimento.

Su dilema era: Cosette ó la muerte.

Esperó un momento favorable, con la paciencia propia de los enfermos, y este momento llegó.

## III.

Mario ataca.

El señor Gillenormand, mientras su hija arreglaba los frascos y las tazas en el mármol de la cómoda, inclinándose hácia Mario, le decía con ternura:

—Mira, chiquitin, en tu lugar yo preferiría comer carne á pescado. Los lenguados fritos son á propósito para el principio de la convalecencia; pero cuando ésta adelanta, hasta el punto de que vá á levantarse ya el enfermo, no hay nada como las chuletas.

Mario, que había recobrado ya casi todo su vigor, haciendo un esfuerzo, se incorporó en la cama, apoyó las manos en la colcha, miró á su abuelo con fijeza y, adquiriendo terrible aspecto, le dijo:

—Esto me dá pié para participaros una cosa.

—Qué cosa?

—Que quiero casarme.

—Lo había previsto, le contestó el abuelo, soltando la carcajada.

—Lo habíais previsto!

—Sí... Tendrás tu chiquilla...

Mario se quedó atónito y temblando.

El señor Gillenormand continuó:

—Verás colmados tus deseos; será tuya esa preciosa niña. Viene todos los días, bajo la forma de un señor anciano, á saber de tí. Desde que estás herido sé que pasa el tiempo llorando y haciendo hilas. Me he enterado y vive en la calle del Hombre-Armado, núm. 7. ¿Conque la quieres? Me alegro, porque esto destruye tus planes. Te habías formado un pequeño complot, diciendo para tí:—Voy á imponer mi voluntad, sin rodeos y crudamente, á mi abuelo, á esa momia de la Regencia y del Directorio, á ese antiguo pisaverde, á ese Dorante convertido en Geronte. El también ha tenido sus ligerezas, sus amoríos, sus grisetos y sus Cosettes. Vamos á presentarle la batalla.—Te has llevado chasco y merecido. Te ofrezco una chuleta y me respondes que quieres casarte. ¡Está buena la transición! Contabas con que tendríamos un altercado, olvidándote de que yo soy un viejo cobarde. Qué dices ahora? Te has quedado con la boca abierta. No esperabas encontrar al abuelo más borrico que tú y has perdido el discurso que pensabas dirigirme. Esto es para desesperar á un abogado; pues bien: mejor que mejor; rabia, ya que he seguido la corriente de

tu deseo. Tomé informes, porque yo también tengo mis puntos de taimado, y sé que es hermosa y formal. Aquello del lancero fué una pura invención. Ha hecho un monton de hilas; vale un Perú; te adora, y si hubieras muerto, hubiera habido tres cadáveres; su ataud hubiera acompañado al mio. Desde que empezaste á mejorar se me ocurrió traértela, para que te la encontraras á la cabecera del lecho; pero solo en las novelas se introduce de ese modo á las jóvenes en las alcobas de sus galanes heridos; en la vida real no hay semejante costumbre. Qué hubiera dicho tu tia? La mayor parte del tiempo estabas desnudo. Pregúntaselo á Nicolassita, que no se separaba de tí un momento, si era posible que una mujer se acercase á tu cama. Qué hubiera dicho el médico? Una mujer bonita no es el mejor remedio para curar la fiebre. En fin, es negocio concluido; tómala. Te parezco ahora feroz? He visto que ya no me querías y he dicho en mis adentros: ¿Qué haría yo para que me quisiera ese estúpido? Entregarle á Cosette, y así le obligo á que me quiera algo. ¿Pensabas que tu abuelo iba á echar rayos y centellas? Nada de eso. ¿Quieres tomarte la molestia de casarte con Cosette? Pues cástate, hijo de mi alma!

Cuando concluyó de hablar el anciano prorumpió en sollozos.

Se apoderó de la cabeza de Mario, la estrechó contra su pecho, y el viejo y el joven se pusieron á llorar.

El llanto es una de las formas de la suprema dicha.

—Padre mio! exclamó Mario.

—Ah! Conque me quieres? dijo el anciano.

Hubo un momento de inefable expansión, en el que los dos se ahogaban sin poder hablar.

Por fin el abuelo tartamudeó:

—Vamos, ya estás desenojado; ya has dicho ¡Padre mio!

Mario desprendió su cabeza de los brazos del anciano y dijo suavemente:

—Ahora que estoy mejor, me parece que ya podría verla.

—También lo tenía previsto. La verás mañana.

—Padre mio!

—Qué?

—Por qué hoy no?

—Pues bien, hoy. Me has dicho tres veces padre mio y te lo has ganado. Te la traerán. Créeme, lo tenía previsto. Esto está escrito en verso. Es el desenlace de la elegía del *Jóven enfermo* de An